







**NO LO CUENTES**





**HELENA**

3

Instituto de Investigaciones Filológicas  
Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial





Jaime Romero Robledo  
Francisco José Amparán  
Luis Enrique García

# No lo cuentes

*Selección y presentación*  
Miguel G. Rodríguez Lozano



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

México, 2015





DIRECTORA DE LA COLECCIÓN: Lilian Álvarez Arellano

No lo cuentos / Jaime Romero Robledo; Francisco José Amparán; Luis Enrique García; selección y presentación Miguel Guadalupe Rodríguez Lozano. – México : UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, 2015.

59 pp. 15 x 19 cm

ISBN 978-607-02-6375-0

1. Cuentos mexicanos. 2 Literatura mexicana – Estados del Norte.

LC PQ7276

Dewey 863.4

Primera edición: 2015

Fecha de término de edición: 19 de febrero de 2015

D. R. © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Filológicas  
Circuito Mario de la Cueva s. n.  
Ciudad de la Investigación en Humanidades,  
Ciudad Universitaria, C. P. 04510, México, D. F.  
[www.iifilologicas.unam.mx](http://www.iifilologicas.unam.mx)

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial  
Av. del IMÁN núm. 5, C. P. 04510, México, D. F.  
[www.libros.unam.mx](http://www.libros.unam.mx)

ISBN 978-607-02-6375-0

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Impreso y hecho en México





## Presentación

Se puede afirmar que hay dos tipos de espíritus poéticos: aquellos que inventan historias y aquellos que están dispuestos a creerlas.

GALILEO GALILEI

**L**A LITERATURA siempre ha sido una manera de decir, de inventar cosmos que se vinculan a veces con la realidad que vivimos. La literatura es un placer contradictorio: hace reír, llorar, sufrir, gozar; hace creer en lo imposible; hace ver sin máscaras momentos que soñamos o que jamás imaginamos en nuestro día a día. La literatura es ficción, pero a veces nos permite acercarnos a espacios tan íntimos que creemos son nuestros. La literatura deviene en cuentos, en novelas, en poesía. Nosotros, como lectores, asistimos a una experiencia, inmediata, en la cual nos sumergimos como si buceáramos en el fondo del mar.

Si existe una palabra para ese momento de comunicación entre lo escrito y el lector, esa es “instante”. En un instante, privado, único, fuera del alcance de los otros, aprehendemos una forma de escribir, de imaginar, de pensar, de dialogar. Ese instante es nuestro y debemos disfrutarlo. Por ello, y si de gozo se trata, el libro que tienes en tus manos busca conver-





tirse en un vehículo de lectura y esparcimiento en el que tú seas el protagonista más importante, el lector ideal, aquel que asume el instante con la conciencia clara de que lo que está enfrente de él es literatura. Los tres cuentos seleccionados para ti, cumplen, seguramente, las expectativas que conlleva un género como el cuento.

Dicen que los buenos cuentos deben tumbarte a la lona en cuanto los terminas de leer; es tan fuerte el impacto de haber leído una historia efectiva que los lectores quedamos noqueados por completo. La historia en sí, el lenguaje, las imágenes, el espacio, los personajes, el clímax, el inicio o el final, son elementos que, todos ellos o sólo uno, preparan el golpe devastador hacia el lector. Mientras leemos, cada uno de nosotros activamos sensaciones que pueden o no ser compartidas. La contundencia del cuento está ahí y en lo que viene después; en la posibilidad de indicar si nos gustó o no; en la posibilidad de sabernos lectores abiertamente críticos y reflexivos sobre lo que acabamos de leer y de sentir. El cuento es, en suma, como mucha de nuestra literatura, una posibilidad de reconocernos como humanos.

En el ámbito de la literatura mexicana la tradición del cuento escrito es larga, viene desde el siglo XIX, continúa en el siglo XX y sigue hasta ahora. Contar historias siempre ha fascinado a un público ávido de experiencias, y por eso son muchos los autores que en nuestro país han practicado ese tipo de escritura. La pluralidad de los temas e incluso la posibilidad de





los diversos formatos (por ejemplo el cuento clásico y el minicuento) dotan de infinidad de cualidades al género. Por tal motivo, no es extraño encontrar una cantidad considerable de cuentistas en toda la República mexicana. En cada uno de los estados que conforman México, el lector puede localizar autores que han elegido el cuento para contar sus experiencias de vida. Mediante la ciencia ficción, el realismo, el suspenso y la intriga, del género policiaco o del de terror, los cuentistas muestran sus inquietudes frente al mundo que los rodea. Así, la ficcionalización les permite expresar todo lo que les interesa.

En la segunda mitad del siglo xx, la escritura de cuentos en la zona norte de México se hizo evidente. Los estados de la frontera (Baja California, Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas) presentaban realidades que era difícil no considerar en el ámbito de la literatura. Su cercanía con Estados Unidos y la violencia extrema perfilaban los temas que llamaban la atención de los escritores de esa zona. En ese momento, y hasta nuestros días, esa área del país se convirtió en foco de interés por la cantidad considerable de autores y obras. De esa experiencia algo quedaba claro: con todo y los posibles conflictos sociales, la literatura escrita en los estados norfronterizos era diversa en sus temas y en su conformación. Los cuentos escritos y publicados durante más de treinta años demostraron que hablar del norte es hablar de una literatura plural, atrevida y, en el fondo, por su temática, completamente universal.





Los autores cuyos cuentos aparecen en este libro, Jaime Romero Robledo (1974), Francisco José Amparán (1957-2010) y Luis Enrique García (1938), nacieron en el norte de México, y gran parte de su obra se ha publicado ahí. Como verás, los tres cuentos seleccionados poseen un ritmo y una forma que es difícil no seguir leyendo hasta llegar al final. “Laberinto”, “Gótico lagunero” y “Géminis” conservan las condiciones necesarias para que nosotros, lectores en busca de aventuras, los disfrutemos en su totalidad. Un hombre en busca de su destino, un policía dispuesto a resolver unos asesinatos, un hermano atrapado en sus recuerdos, son los hitos para armar cada una de las historias.

10

Desde el principio, “Laberinto” propone un ritmo adecuado. Estamos frente a un apretado párrafo que produce la sensación de encierro. Existe un equilibrio formal que acentúa el desenlace final. Por su parte, “Gótico lagunero”, con un lenguaje desenfadado y lúdico, presenta una historia en la que lo aparentemente absurdo provoca risa. En el caso de “Géminis” encontramos un estilo apegado a la construcción de la sorpresa desde el punto de vista del personaje que cuenta la historia.

Los cuentos que estás a punto de leer son, sin duda, un ejemplo de las muchas facetas que presenta el cuento en México, en concreto, las que se vinculan con el norte del país. Bienvenido a algunos de nuestros mundos ficcionales.

*Miguel G. Rodríguez Lozano*  
Centro de Estudios Literarios





## Laberinto

(Jaime Romero Robledo)

UNA VOZ a la entrada del laberinto le aseguró al hombre que ahí encontraría a la mujer ideal. El hombre, emocionado por el anuncio, se apresuró a buscarla; corrió por pasillos, subió escaleras, atravesó corredores secretos, todo sin pensar en nada más que encontrar a esa mujer perfecta. Después de varias horas comenzó a sentirse un poco cansado; la noche caía y decidió dormir; en la madrugada seguiría la búsqueda. Ya despierto, con el avance del sol, se percató que el laberinto cada vez se volvía más complejo. Los pasillos se hicieron más estrechos y empezaron a resultarle casi imposibles de cruzar. El espacio se fue reduciendo y de pronto, sin saber cómo, el hombre se encontraba inmovilizado en un pequeño cuarto donde sólo cabía él. No podía creer lo que estaba pasando. Pidió auxilio pero nadie lo escuchó. Después de tres días, ya casi moribundo, escuchó que alguien se acercaba. El hombre volvió a pedir auxilio. Quien pasaba era una mujer. “¿Qué hace ahí?”, dijo ella. “Buscaba a la mujer perfecta, cuando el laberinto me atrapó”, contestó el hombre con voz muy débil. “Yo soy la última mujer perfecta que queda. Las demás se han ido con otros como usted. Déjeme ayudarlo a salir”. El hombre sonrió en agradecimiento y dejó que la mujer perfecta lo ayudara. La mujer lo llevó por un pasillo





estrecho y llegaron a un cuarto que el hombre pareció reconocer. La mujer le dio a beber algo que lo hizo sentir muy relajado y a los pocos minutos el hombre se durmió. La mujer perfecta dijo al doctor que ya había aparecido el paciente del 23. Le dijo también que llamara al técnico para revisar si no había daños en el ducto del aire.





## Gótico lagunero

(Francisco José Amparán)

1

—**E**S POR AQUÍ —dijo El Sapo apenas puse pie en la banqueta. Al parecer, me había estado esperando largo tiempo. Sin embargo, de la oficina no me habían podido localizar sino hasta quince minutos antes; y eso, porque el hocicón del Sapo, sintiéndose el inútil que es sin mí, les dio el tip del teléfono de Elodia, no queriendo ser él quien llamara, y con justa razón. La bronca me cayó enterita a mí: a Elodia le enfurece que me busquen del trabajo en su casa. La verdad, que no confiesa, es que tiene un miedo loco de que en alguna ocasión quien esté del otro lado de la línea no sea gente de la Procu, o algún narco recién salido en busca de venganza, sino María Elena, mi mujer. La neta, yo también de repente siento un escalofrío pasajero al oír el timbre. Sin embargo, la localización y demás señas de mi refugio son un secreto de alto nivel, que sólo comparten El Sapo y El Tequila. Aunque, al paso que vamos, no tardará en aparecer en la Sección Amarilla: el par de babosos me buscan ahí, por sí mismos o a través de la secre, al menos dos veces por semana. Voy a tener que enseñarles que va en serio lo de la protección de mi inti-

13





midad. Incluso el miembro más conocido (!) y respetado (!!)  
de la Delegación Laguna de la Procuraduría de Justicia del  
Estado de Coahuila tiene derecho a una vida privada.

Me aboqué de inmediato a mi labor de convencimiento:

—Última vez que me hablas con Elodia por una ma-  
mada. A la próxima, te meto los huevos en un cascanueces  
tarahumara.

—¿Qué pasó, jefe? —protestó El Sapo—. ¿Tú crees que  
te hubiera molestado por nada?

—Hace tres semanas me sacaste de la cama para localizar  
al que había atropellado al fox terrier del hijo del alcalde —le  
recordé, sañudo.

—Bueno, bueno... pero ese escándalo no lo armé yo; lo  
armó el Jefazo. Además, esto sí es gruexo.

El gentío que se acumulaba frente a nosotros delataba  
que, por una vez, El Sapo tenía razón; y la vista de algo  
más que un fox terrier apelmazado sería la recompensa para  
los mirones que se apostaban tenaces a la puerta de una casa  
vieja, de ladrillos cocidos a la antigüita y balcón enrejado.  
Aunque aquello no tenía nada de extraño: apenas eran las  
nueve de la noche, y cuarenta morbosos a esa hora consti-  
tuían apenas el promedio. El Cambujo, uno de los elementos  
nuevos, guardaba la entrada.

Nos abrimos paso a codazos por entre la gente. Final-  
mente El Cambujo nos franqueó la puerta. Apenas habíamos  
transpuesto las jambas, me golpeó el olor.





—¿No me digas que...?

—Pues sí, jefe —replicó El Sapo, compungido—. Es otra. La tercera.

—¿Cuánto tiene? —me coloqué un pañuelo sobre la boca y nos detuvimos en un pequeño corredor. Ahora quería conocer más detalles antes de ver lo que tenía que ver.

—Un vecino de aquí al lado reportó la peste hace dos días. De aquí a que llegaron los del Centro de Salud, hoy a las cuatro. Cuando no les abrieron y la cosa les olió de veras feo —repulsiva risita del Sapo— nos hablaron. El Cambujo echó abajo la puerta a las siete. Desde entonces te hemos





andado buscando... y como no te quería buscar luego luego con Elodia...

—Allá afuera no huele nada.

—No. Nada más aquí adentro y al lado poniente, donde está roto el vidrio de una ventana. Precisamente fue el vecino de ese lado el que reportó la pestilencia.

Le hice la seña de que me guiara al escenario del suceso.

La casa que recorrimos no se distinguía de muchas otras semejantes en las partes más viejas de Torreón... lo que no es mucho decir, porque la ciudad no llega a los cien años de antigüedad: un corredor central largo, que desemboca en una estancia rectangular. El corredor da a una sala y una pieza de costura o chismorreos o a lo que se dedicara la gente antes de la aparición de la tv. A la estancia dan las puertas de dos recámaras, la cocina y un baño, amén de un pequeño patio. Qué lesionado cerebral hacía la distribución de estas casas entonces, y de las del Infonavit ahora, son misterios que nunca se podrán aclarar.

Al llegar a la estancia, nos encontramos con un hombre bajito y rechoncho, sentado en un raído sofá, quien era sometido al peso de la mirada del Cuyo y El Tequila, parados a un metro de él. Un peso enorme, ciertamente. El hombre levantó la vista y, al reconocernos como policías, soltó un gemido: tal vez esperaba que alguien decente llegara a rescatarlo.

—¿Y éste?





—Es el vecino que le avisó a Salubridad —dijo El Cuyo—. Lo hemos estado interrogando —al ver cómo se sacudían los hombros del hombrecito, ahogando un sollozo, inquirí con la mirada. El Cuyo apostilló: —Leve.

—¿Y?

—Pues nada —dijo El Tequila, medio hartó—. La di-fun-ta se cambió aquí hará unos tres meses. Se dedicaba a vender emplastos, amuletos, filtros de amor y jaladas por el estilo, y al parecer también echaba las cartas y leía el tarot. Aquí Molcas —apuntó con el mentón al hombrecito, quien parecía encogerse por momentos— dice que no la trató más que de saludo para abajo. La vio por última vez hace cinco días, cuando se la topó en el Oxxo yendo por la leche. El olor lo notó hace dos, y le tocó a la señora, pero nadie contestó. La puerta tenía puesto el seguro. Luego luego le habló a Salubridad. Como nadie vino ese día, al siguiente, o sea hoy, llamó al programa de radio ése donde todo mundo se queja, y a las dos horas llegaron del Centro de Salud. Y éstos nos echaron el pitazo a nosotros. Tiramós la puerta, y encontramos... eso —apuntó con el pulgar a una puerta cerrada que daba, suponía, a una habitación.

—Bendito poder de los medios —dije entre dientes y por debajo del pañuelo que no me había retirado de la boca.

—¿Mande?

—No, nada. A ver, Sapo. Vamos a ver.





Me había equivocado. Al abrir la puerta, al tiempo que un tufo nauseabundo me pegaba más fuerte que el Pipino Cuevas, noté que aquella era la cocina de la humilde morada. El mobiliario era pobre y escaso. Sobre la estufa, una enorme olla para mole chorreaba un líquido negro-rojizo... y ya sabía yo que no era ningún platillo típico poblano.

18





—La han de haber destazado ahí, jefe —dijo El Sapo, señalando un rincón manchado en piso y paredes de sangre coagulada—. Luego, lo mismo que con las otras: la metieron a la olla y la pusieron a hervir. Nada más que se ha de haber acabado rápido el gas, porque no alcanzó ni a desprenderse la carne de los huesos. Ahí'stá todavía más o menos entera... bueno, los cachos.

—¿Ya registraron aquí?

—Muy poco. Lo estábamos esperando, jefe.

—Pues a darle —sabiendo que andaba de mal humor, El Sapo procedió a remover todo lo que estaba en la habitación.

Por no dejar, y ser solidario con los subalternos, eché un vistazo al interior de la olla: alcancé a ver una mano engarfiada y lo que parecía ser pelo. Disimulando mi asco, caminé muy quitado de la pena hacia fuera del cuarto. En cuanto me hallé en la estancia, cerré la puerta; muy, muy bien cerrada. Pobre Sapo. Pero también para qué me saca de los brazos de mi Elodia.

—¿Generales? —le pregunté al Tequila.

—Había algunas cosas en un cajón del ropero de ese cuarto —señaló a sus espaldas—. Un pasaporte con visa americana y una credencial para votar con fotografía...

—La mitad de éstas son balines, Tequila —interrumpí.

—Aquí coincide con el pasaporte, jefe. La muerta se llamaba Elvira Pérez Quelite, de Catemaco, Veracruz...





—Vaya, ésta sí era bruja de a de veras... —volví a interrumpir. El Tequila me vio con cara de pocos amigos y prosiguió:

—El domicilio de la credencial es de Tultitlán, Estado de México. De hace cuatro años. La ñora tenía 68 años.

—¿Y el *modus operandi*?

—¿El qué? —se angustió el novato Cambujo. Cualquier palabra en otro idioma que no fuera español le producía una extraña desazón.

—El cómo la mataron, Cambujo... —explicó fraternal El Tequila—. Igual que las otras. Llegaron con maleta y olla. Como clientes, suponemos. Luego la mataron por sorpresa. Quizá un golpe en la cabeza, nos lo dirán los legistas. Después la despedazaron y la pusieron a hervir en la olla. Dejaron la ropa sucia en el patio, se lavaron, se cambiaron, y salieron como si nada.

—¿Otra vez de hombre y mujer?

—Otra vez, jefe. Y sin marca ni etiqueta. Ropa chafa que se puede comprar en cualquier parte.

—¿No será uno solo que ensucia dos juegos de ropa? —solté la pregunta que me había venido rondando desde hacía veinte días.

—Está cabrón cargar la maleta y la olla uno solo, jefe —replicó El Cuyo, muy lógico—. Y además, ¿para qué hacer creer que son dos?

—¿Y la destazaron...?





—Con la misma hacha de antes, suponemos —prosiguió El Tequila—. No la hemos hallado. La han de haber metido en la maleta que ya estaba vacía, después de cambiarse, como las otras veces.

—¿Usted no vio a nadie por el vecindario con una maleta y una olla hace tres o cuatro días? —le reviré mi frustración al vecino, que había seguido nuestro diálogo muy calladito.

—Ya le dije a sus compañeros que casi no salgo. Nada más por el pan, la leche y el periódico. ¡Yo no vi nada! ¡Yo no he hecho nada! —y finalmente se puso a llorar. Ha de haber creído que le íbamos a ensartar a la muertita. Y sí, de vez en cuando lo hacemos... pero aquí era imposible. Nos estábamos enfrentando a una serie de crímenes en apariencia satánicos, y resultaría difícil hacerle creer a nadie que aquel tipejo tenía nada que ver con semejantes horrores. Aunque resultaba más difícil aún creer que nadie había visto a una pareja con una maleta (o atado de ropa, para el caso era lo mismo) y una olla de mole entrar a la escena del crimen. Pero eso era lo que había ocurrido. Sin duda Torreón estaba ya siguiendo el camino de las grandes urbes hacia la deshumanización, en el momento en que nadie espiaba, como en los viejos tiempos, a los vecinos y sus visitas.

Aquello ya se estaba convirtiendo en un ritual periódico. La señora Elvira Pérez Quelite era la tercera mujer asesinada de la misma forma en Torreón en las últimas tres semanas. Aparte del *modus operandi*, las tres tenían como característica





común el dedicarse a la brujería, esoterismo o fraude astrológico (según se quiera ver), y el haber muerto un martes... precisamente el día favorito de mi pichichurris. En las últimas tres semanas me habían agitado el único día en que mi fiera me deja en paz, porque ella se va a jugar canasta uruguaya con otras tres fodongas que conoció en el peinador. Hasta por ese lado todo el asunto parecía demoníaco.

Cuando descubrimos la primera, ocultamos lo mejor posible el detalle de la olla, y el hecho de que faltaba un dedo: el culto público torreónense verá cosas peores en cuatro o cinco videos que renta el fin de semana, pero no quiere (y no debe) enterarse que algo así ocurre en su mismo código postal.

22

Sin embargo, para la segunda se filtró algo de información, no muy concreta, pero que apuntaba, según nuestro pasquín vespertino local, a una serie de rituales “de clarísima calaña belzebútica” (así decía el periodicucho). Y ahora doña Elvira nos iba a hacer pasar una pésima temporada si no encontrábamos ya no digamos a los culpables, sino pies y cabeza a aquellos crímenes que no eran ni pasionales, ni por codicia, ni por nada racional. De pronto, los aullidos del Sapo, provenientes de ultratumba, según me pareció en ese momento, me sacaron de mis reflexiones... y de mis casillas.

—¡Abran, ábrame, cabrones! ¡No sean ojetes! —gritaba mientras azotaba con manos y pies la puerta cerrada de la cocina. Hasta entonces reparé en que la chapa era de esas que





sólo se abren sin llave de un solo lado... el que daba a la estancia. El Cuyo lo sacó de su miseria.

—¿Por qué me dejaron encerrado ahí, culeros? —dijo El Sapo, notablemente haciendo honor a su apodo, pujante, sudoroso y muy pálido, apenas transpuso el umbral. El Tequila, El Cuyo y un servidor no pudimos reprimir una sonrisa.

—No fuimos nosotros —dije, en el tono más tenebroso posible—. Fue doña Elvira.

El vecino se santiguó.

—¡Qué Elvira ni qué Elvira! En una de esas payasadas me van a matar de un infarto. Me acuerdo cuando estuve en Reynosa, que a un compañero...

—¡Ya, ya, párale a tu tren! —impuse mi jerarquía—. ¿Por qué querías salir tan apurado?

—Es que ahora sí metieron la pata, jefe. ¡Dejaron el hacha!

—¿El hacha?

—Sí. La tiraron atrás de la estufa. Nada más que... pues no me cabe la mano.

—¡Cambujo! —seguro los brazos del novato correoso servirían para la comisión. El Cambujo se apersonó rápidamente, oyó las instrucciones, tragó saliva y entró a la cocina. En tres segundos estaba de regreso con un hacha ensangrentada pendiendo de sus dedos índice y pulgar, retirándola lo más posible de su cuerpo.





El vecino se santiguó de nuevo, y pareció estar a punto de desmayarse. Sin embargo, tuvo la presencia de ánimo para hablar por primera vez de *motu proprio*:

—Este... ¿ya me puedo retirar?

—¡No! —contestamos todos al unísono. No que hubiera una razón para retenerlo. Era evidente que el tipo no sabía más de lo que nos había dicho.

Pero, ¿para qué dejarlo ir a ser entrevistado de inmediato por la prensa? Mejor amedrentarlo un rato más y que luego no soltara prenda.

El Cambujo puso el hacha en una mesita de centro, donde doña Elvira seguramente echaba las cartas en sus sesiones de trabajo. Todos nos inclinamos a observarla con curiosidad. Tenía unos cincuenta centímetros de largo. Y la cabeza parecía más que capaz de trocear cristianos. O brujas. El Tequila exclamó:

—¡Ya chingamos, jefe! Mire —y señaló el extremo del mango.

Me acerqué por ese lado, y casi no pude creer lo que veía: ¡la etiqueta de compra! ¡Y con código de barras!

—¡Vaya, pues! Nuestros asesinos perfectos cometieron un error de primaria. No sólo dejan el arma, sino hasta nos dicen dónde la compraron.





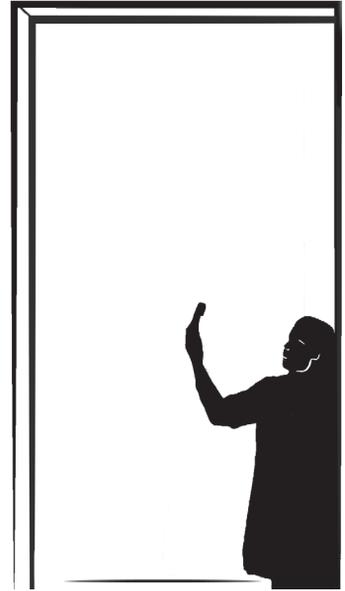
**L**AS LÍNEAS de investigación desde ese momento fueron dos: la primera, que habíamos iniciado con cierto desgano hacía unos días, era elaborar un censo de cuanta bruja, echadora de cartas, lectora del tarot y barredora con rama de pirul que pudiera hallarse en la Región Lagunera, que comprende no sólo Torreón, sino también Gómez Palacio, Lerdo y zonas circunvecinas azotadas por la doble plaga del neoliberalismo y la manía de irle al Santos. Para tal labor estaba comisionado El Sapo. La segunda línea, que me apropié, era la de averiguar la procedencia del hacha que habíamos encontrado (mejor dicho, había encontrado El Sapo) detrás de la estufa de doña Elvira. Aunque claro, no había que apurar mucho las cosas. Primero era lo primero.

25

Me hallaba temprano el día siguiente en mi oficina, hablando por teléfono con Elodia, convenciéndola de que mi abandono había sido uno de esos gajes del oficio a los que se exponía quien anduviera en torno de un policía, cuando Rosita, la secular secretaria que se nos había impuesto como castigo visual por los haraganes de la Procu en Saltillo, asomó su fea faz por el quicio de la puerta y con su voz de pito anunció:

—El agente Ramírez le llama por la otra línea.





—¿Y qué no ve que estoy muy ocupado? —repuse con firmeza, amielando luego la voz—. Sí, mi reina, es que estamos trabajando mucho.

—Dice el agente Ramírez que es muy urgente —insistió nuestra cancerbera.

—¡Bueno, pues, ya entendí! Voy a tener que colgar, vídita... sí, cosas de la oficina... sí, ciao, adiós —pulsé el botón correspondiente y exploté—: pinche Sapo, eres la oportunidad con patas... de batracio. ¿Qué quieres a estas horas del día?





—Uh, pues, jefe, uno hace su chamba —respondió rencoroso; yo me aplaqué: tenía razón.

—Okey, ¿qué es tan urgente?

—Bueno, pues ya ve que me encargó localizar a todas las brujas que hubiera en La Laguna. Pues ni sabe. Son un chingo. Como que a la gente le hace falta o fe o dinero o en qué entretenerse. Ya llevo como treinta.

—A la gente siempre le faltan las tres cosas, Sapo. ¿Y eso qué tiene?

—Pues que empecé a interrogarlas. Y acabo de estar aquí en Lerdo con una que se me hace harto sospechosa.

—¿En Lerdo? —respingué de mi asiento—. ¡Eso es Durango, Sapo! ¡Es otra jurisdicción, otro estado! ¡Nosotros somos de Coahuila!

—¿Y ella cómo chingados se va a enterar? La cuestión es que empecé a preguntarle de sus colegas muertas, y se puso más temblona que una gelatina. No me quería ni ver a los ojos...

—No la culpo —interrumpí, riéndome por lo bajo.

—Ya, pues. La neta, esa vieja sabe algo y está escondiendo mucho.

—Okey, pues. ¿Dónde estás?

—Aquí en la plaza de Lerdo, echándome una nieve... esperando instrucciones.





Eché un vistazo al reloj. Como estaba casi seguro de que la identificación de la etiqueta del hacha era pan comido, decidí echarle una mano a mi anfibio subalterno.

—Espérame ahí. Llego en veinte minutos.

Que fueron veinticinco por el escandaloso tráfico y la pésima semaforización de nuestras ciudades. La cuestión es que me encontré al Sapo muy quitado de la pena, sentado en una banca de hierro vaciado, zampándose una doble de vainilla y chocolate.

—¿Dura tanto la nieve de Lerdo? —le pregunté.

—No. Éste es el tercer vasito —y puso cara de niño pobre en escaparate de juguetería en diciembre—. Pero... es que vengo tan de vez en cuando a Lerdo...

—Está bien. Allá tú y tu diabetes.

—Si no estoy diabético.

—Pero lo vas a estar comiendo tanto mugrero —sentencié—. ¿Dónde es?

—Aquí a tres cuadras. Podemos ir a pie.

Efectivamente, fuimos en plan de infantería hasta la morada de doña Cleofas, especialista en limpias con huevo y sanar a quienes les hubieran hecho “el Mal”. Pensé si no sería mala idea introducir ese tipo de asesoras al Gabinete.

Por fin, llegamos a una casa pequeña pero limpia, pese al aspecto terroso del resto de la cuadra. La bien pintada puerta se encontraba entornada: era evidente que doña Cleofas tenía la certeza de que mucha clientela iba a trasponerla.





El Sapo la abrió sin miramientos.

—¿Quién es? —se escuchó una voz proveniente del fondo de un corredor repleto de macetas con helechos.

—Nosotros, doña Cleofas —dijo El Sapo, ya muy conocedor de la situación—. Los de la Judicial —no aclaró de qué estado. Total, para lo que sirve el pinche federalismo en este país.

Se oyó un estrépito más allá de los helechos, indicio claro de que la respuesta había ocasionado algún tipo de reacción brusca en presencia de cacharros de cocina. El Sapo le había atinado: claro que cualquier mexicano decente se alarma ante la presencia de la Judicial. Pero aquella reacción era más bien la de una mexicana indecente.

Al poco rato surgió de entre la maleza una viejecita de andar rápido y chongo canoso y apretado. Sin embargo, los movimientos de sus manos fueron ágiles al indicarnos unos equipales que, situados estratégicamente entre las macetas, hacían las veces de sala de estar. Seguramente las barridas las efectuaba en alguna habitación del interior. Al ver sus ojos, distinguí una lucecita de picardía, de malicia. La anciana iba a ser, después de todo, un hueso difícil de roer: ya estaba sobre aviso.

—Doña Cleofas, permítame presentarle a mi jefe...

—Déjese de presentaciones, Ramírez... —corté con mi tono más imperioso—. Señora...





—Señorita, y de las de antes —interpuso ella. Yo no sé las de antes, pero las de ahora...

—Bueno, señorita. Mi subalterno me informó que usted quizá nos podría ayudar en relación a...

—Yo ya le aclaré al señor que no sé nada de los otros crímenes —se atropelló.

—¿Cuáles otros... doña Cleofas? —la agarré del chongo... metafóricamente hablando, por supuesto. Pese a nuestra mala fama, *eso* no se lo hacemos a las ancianas.

—Pues... los de las colegas.

—Sí, pero ¿por qué otros? ¿De cuántos sabe usted?

—Pues... de dos. Han matado a dos, ¿no? —a cada momento se veía más nerviosa—. ¡Vaya con la perspicacia del Sapo!

—Tres, señorita. Ya son tres.

—¡Yo nomás sabía de dos! —se defendió.

—Pero esperaba otro, ¿no? —dije en mi voz más tierna de velocirraptor bebé— ¿Por qué?

—No, si no esperaba... Es que... —finalmente estalló—. ¡Yo no tengo nada que ver!

—Quizá nos convenza de eso... sin tener que llevarla a la Procuraduría.

Sin duda, en sus largos años de vida, doña Cleofas se ha ido enterando de qué puede pasar en tales lugares. Sopesó unos instantes mis palabras, y finalmente anunció:





—No los conocía. Llegaron aquí recomendados por no sé quién... una amiga de la señora o algo así.

—¿Dos?

—Sí, un matrimonio. Cayeron hará un mes. Me dijeron que habían oído mi fama de enderezadora de maldiciones y deshacedora de males. Y que necesitaban mi consejo.

—¿Edad?

—Me dijeron que eran cincuentones. Pero aparentaban mucho menos. Y muy raros. Ella con un vozarrón; él, al revés, rete tipluda. Y medio volteado. Se veía que ella lleva los pantalones.

—¿Lleva? ¿Los ha vuelto a ver?

—No, no. Nada más vinieron esa vez.

—¿Para qué? ¿Consulta... profesional?

—Sí. Me dijeron que una bruja les había hecho un mal. Que le habían comprado algo, y que ahora querían deshacer el efecto... que qué tenían que hacer.

—¿Comprado? ¿Qué le habían comprado? —aquello estaba cada vez más interesante.

—No me dijeron. Yo entendí que unos menjurjes para untarse. Pero ya no querían saber nada de eso. Yo les dije que fueran con quien se los había vendido.

—¿Y fueron?

—Me dijeron que ya la habían buscado por cielo-mar-y-tierra. Y que no habían dado con ella. Que habían visitado





a muchas colegas y nada. No me extraña. Nos protegemos mucho entre nosotras.

—Le digo, jefe, que es una friega —acotó El Sapo.

—¿Y entonces? —continué, ignorando el comentario de mi subalterno.

La vieja se quedó mirando al vacío, como interrogándolo. Finalmente estalló en llanto, sorbiendo los mocos y limpiándose las lágrimas con las mangas de la camisa. Se veía realmente dolida.

—¿Yo cómo iba a saber que eran tan pendejos? Les hablé como uno le habla a los clientes. Usted debe saber. En este oficio, uno no dice las cosas derechas. Se los expliqué como una explica todo. Yo lo que les aconsejé fue que siguieran picando aquí y allá, y llegarían a saber dónde estaba la que les había vendido la pócima. Que las colegas podrían saber. Que les sacaran una cosa aquí, otra cosa allá... pero no entendieron.

Una lucecita se me prendió en el cerebro.

—¿Qué les dijo exactamente? ¿Cuáles fueron sus palabras precisas?

Sorbida de mocos. Barrida de lágrimas. Sorbida de mocos.

—Les dije: “Vayan con las que saben: pónganlas en hervor. Sáquenles un cachito a cada una. En cada nueva fase de la luna. Así podrán lograr lo que desean”. ¡Pero yo cómo





iba a saber que los pendejos lo iban a entender así! Yo lo que quería era...

—Sí, claro. Que las presionaran para que soltaran prenda, que dijeran lo que sabían. Pero ellos se lo tomaron... literal.

—Se lo tomaron a lo güey —concluyó doña Cleofas.

—Con razón le faltaba un dedo a cada muerta... —dijo El Sapo.

—Y por eso lo hacen cada martes... cuando entra una nueva fase lunar —suspiré pensando en los momentos de pasión con Elodia de los que me habían privado aquellos imbéciles—. ¿Y por qué lo del cambio de luna?

—Ah, eso... —Doña Cleofas se veía cada vez más ensimismada—. Eso es para ponerle sabor al caldo. Lo de la luna siempre hace más misteriosa cualquier cosa que una dice.

—No, pos sí —remachó El Sapo.

Luego de otra ronda de interrogatorio, coludimos que no había mucho más que supiera la vieja aquella, y nos largamos. Ni la consulta nos cobró.

—¿Y ahora qué, jefe? —inquirió El Sapo, luego de pararse a comprar otro vasito de nieve en la plaza.

—Ahora, a ver quién compró esa hacha.

Llegamos a Sam's Torreón, tienda de importados a lo bestia, por ahí de las once de la mañana, cada quien en su carro, y buscamos el mejor lugar prohibido para estacionarnos. Estaba seguro que la etiqueta era de ahí, y no de otro lado. Mi





intuición resultó certera. Los asesinos se aprovechaban de la apertura comercial para comprar sus herramientas de muerte a precios competitivos. Con lujo de prepotencia (como dicen los periódicos malhoras) nos metimos en las oficinas generales, portando ostentosamente el hacha (sin lavar) que había sacado de la cajuela de mi carro (sin lavar también desde hacia meses). El gerente nos atendió con muy solícita alarma: un par de judiciales entrando con un hacha ensangrentada no es muy buena publicidad para el negocio. Al conocer el motivo de nuestra visita, nos llevó con el encargado del inventario,





quien se hallaba en un cubículo de cristal, rodeado de programadores, impresoras y diskettes. El gerente nos presentó muy decentemente y huyó en cuanto pudo. El programador (que no es otra cosa que el encargado de inventarios), un tipo más o menos de mi edad, dijo llamarse Manuel y se mostró muy cooperativo. Y rápidamente nos dijo por qué: ¡ayudar a resolver un crimen desde su computadora! ¿Quién no ha soñado con eso? No tenía que contármelo.

—Primero lo primero. Présteme el hacha —dijo Manuel, sin hacerle el feo a la sangre ya seca de la herramienta—. —Umm. A ver si las manchas éstas —señaló las salpicadas que cubrían parte de la etiqueta— no estorban... déjenme ver —le pasó un lector láser al código de barras, y en la pantalla de su computadora apareció el número de ítem, el nombre, la marca, y el precio (excesivo para mi gusto; “Es que reprogramamos después de la devaluación”, me explicó luego Manuel). Picó dos o tres teclas y aparecieron varios números.

—Esta hacha fue comprada hace... —consultó un calendario de escritorio cortesía de Bancomer— poco más de tres semanas.

Nuevo picoteo de teclas, y los números cambiaron.

—Fue vendida en la caja 18, por Elisa... ¡Elisa!

—¿Qué, está buena? —preguntó El Sapo, intuitivo.

—Buenísima —respondió Manuel.





Todo lo cual me interesaba muy poco... al menos en tanto no tuviera a la mentada Elisa entre pecho y colchón. Por ello centré mis pesquisas como debía:

—¿A crédito o de contado?

Nuevo picoteo. Nuevos números en la pantalla.

—Ah, cabrón —dijo Manuel.

—¿Con tarjeta de crédito?

—Sí.

—Entonces dale la conexión entre la aprobación de la tarjeta y la operación de venta del hacha... y sabremos quién pagó por ella.

Manuel me vio como bicho raro.

—¿Y tú cómo sabes?

—Soy licenciado en ciencias computacionales. Sin tesis, pero bueno...

—Ah.

Manuel volvió al teclado. Sin levantar la vista del display, comentó:

—Está cabrón el desempleo, ¿verdad?

—Ix.

—Aquí está: Banamex, número...

—Imprímelo, que no tenemos mucho tiempo.

Pulsó un botón, y la impresora de al lado empezó a escupir papel como desesperada. Manuel arrancó la hoja, y con un marcador rojo enmarcó el número importante.





Muy atentos, le dimos las gracias a Manuel. Éste, despidiéndonos en la puerta de su cubículo (por donde merodeaba, como no queriendo, el gerente, con un par de bolsas de hule, para no salir con el hacha tan conspicuamente como habíamos entrado), me preguntó si todos los casos eran tan interesantes como ése.

—Sí —mentí.

—Ah, entonces... —se rascó la cabeza—. No, nada. Te iba a decir de una chambita de capturista... me pidieron que recomendara gente... pero yo creo que estás contento con lo que haces, ¿no? Y que lo dijera.

El trámite en Banamex no tardó mucho. Claro que fue un abuso de nuestra parte el llegar con el hacha (y sin bolsas) a la vista del público. Pero bueno... la burocracia bancaria puede ser peor que la gubernamental. En tres patadas tuvimos pelos y señales del propietario de la tarjeta que había pagado por la mentada hacha.

El feliz poseedor del plástico instrumento de endrogo resultaba llamarse Pascual Reséndiz y vivía en la Colonia Moderna, que de moderna no tiene nada. Hacia allá nos dirigimos en el carro del Sapo. No era cuestión de andar gastando gasolina de óquis en estos tiempos de austeridad.

La casa no presentaba ninguna característica que la distinguiera de otras de la misma colonia: algo despintada, pero con la dignidad a la que se aferra la clase media-baja-y-enpicada de los últimos sexenios.





38





Antes de bajar del carro, El Sapo y un servidor planeamos la estrategia a seguir:

—¿Lo madreo de entrada, jefe?

—No, espérate a que lo interroguemos.

—Pero, ¿luego lo madreo en la Procu?

—Sí, allá sí.

Con tan pertinente plan de acción, descendimos del auto y tocamos a la puerta con los nudillos. No había timbre, lo que delataba la escasa superficie construida de la vivienda.

Nos abrió una mujer de no más de cuarenta años, alta y muy estirada. Me pareció conocida de repente, pero eso suele ocurrir en esta actividad: uno se forma una imagen del posible criminal y al topárselo, uno la hace coincidir. La mujer adelantó la barba partida y arqueando la ceja derecha nos interrogó:

—¿Qué desean?

Charolazo al calce, simultáneo. Esto lo hemos ensayado muchas veces. Y ya nos sale rete bien. Crea una fuerte impresión.

—Policía Judicial. Queremos hablar con el señor Reséndiz... y con usted.

La mujer nos observó con abierto desprecio, de arriba abajo. Y luego apeló a sus recursos cinematográficos:

—¿Tienen orden de cateo?





—A la que vamos a catear es a usted si no va inmediatamente por su marido. ¿Qué no sabe en qué país está? —es por demás. Ya me está hartando esa cantinela. Deberían prohibir la renta de videos policiacos gringos. Hay algunos que hasta quieren que les leamos sus derechos en plena calentadita. Desdichas del TLC... y, como tantas otras, de Televisa y sus filiales.

La señora me vio decidido a cumplir la amenaza y muy felinamente nos dio la espalda, dejando la puerta abierta. Lo cual tomamos como invitación a entrar, y así lo hicimos. Sin muchos miramientos nos sentamos en una salita de estar que daba a la calle. Siguiendo su inveterada costumbre, El Sapo subió las patas a la mesita de centro. Yo examiné las fotografías que decoraban las paredes. En ellas se repetían de manera casi continua los mismos rostros: un hombre, una mujer, los dos en pareja... al parecer no habían procreado hijos. Y, de manera evidente, la ñora se había dado su restirada: en algunas fotos parecía notablemente más vieja de como la habíamos visto. Y no había confusión posible: el aire soberbio estaba ahí. Aunque la cirugía plástica se lo había acentuado.

En el interior de la vivienda se oían algunas voces. De repente eran exaltadas. De pronto se tornaban murmullos. Era notorio que los habíamos agarrado desprevenidos. Por aquello de que no se pusieran de acuerdo, grité:

—¡Bueno, ya estuvo! ¿Vienen o qué?





A los cinco segundos vimos aparecer de más allá del corredor a un hombre de andar entre cansado y contoneante, de unos cuarenta, que nos miraba aprehensivamente desde atrás de unas larguísimas pestañas. Con voz entre tipluda y ronca (si ello es posible) nos dijo:

—Gracias por esperar —y se sentó en una poltrona medio cateadona enfrente de mí. El Sapo no bajó las patotas de la mesa ni cuando la señora lo fulminó con la mirada al posicionarse junto a su marido.

—Primero lo primero, señor Reséndiz. ¿Su mujer se llama...?

—María Elena... —se adelantó ella, evidenciando que era su costumbre responder siempre por su marido. Me dio un íntimo escalofrío. ¿Por qué todas las fieras se tienen que llamar así? Hasta El Sapo tragó saliva—. María Elena Ramos de Reséndiz. Y no nos gusta nada que nos vengán a interrumpir de esta manera en nuestro hogar.

Le eché un nuevo vistazo a las paredes del hogar, y decidí que no había mucho de que quejarse por llegar de tan intempestiva manera: no discordábamos mucho con la decoración. Bueno, El Sapo sí. Él no queda más que en un ambiente pantanESCO.

—La cuestión, señor Reséndiz, es que deseamos saber por qué razón compró usted un hacha en Sam's hará... tres semanas.





Si digo que el tipo se puso blanco, es no decir nada: el tono pálido le fue subiendo perceptiblemente. En dos segundos parecía hoja de papel bond. La señora trató de intervenir, amenazando con ponerse de pie, pero él se lo impidió:

—¡Querida, ah, a-ha! —y la tomó de un brazo—. No hagas nada estúpido.

—¿Por qué le preocupa esa compra, María Elena? —dije, para darme el gusto de hablarle feo a alguien con ese nombre—. ¿Será porque sabe que el hacha fue usada para tres crímenes... perversos?

La oportuna intervención del Sapo impidió que las uñas de tres pulgadas de la señora Reséndiz me sacaran los ojos como aceitunas de martini. Pese a su muy cómoda posición, pudo enviar una patada voladora que atrapó a la dama a mitad del ataque y en medio de la cadera. Se desplomó sobre una repisa, haciendo añicos varios perritos de porcelana de los que se gana uno en los aros de la feria: nada que luego extrañara el mundo del arte.

—Y si se vuelve a levantar, le meto un plomazo entre ceja y ceja... por mucho que las mueva —amenazó El Sapo, sacando su matona del .45. La señora, asesinandolo de mil y una maneras distintas con la mirada, se sentó en el suelo, en el sitio donde había ido a dar, sólo quitando algunos pedazos de figurita para no cortarse. Para entonces su marido estaba sollozando audiblemente, con las manos cubriéndole la cara.





—Ya sabía yo. Ya sabía yo que esto iba a terminar mal. ¡La vanidad, la vanidad es un pecado mortal! —dijo entre sollozos e hipos.

—Más pecado es el asesinato —dijo yo, teólogo amateur—. ¿Por qué mataron a esas pobres mujeres?

—¡Cállate! —dijo la ñora desde el suelo—. No tienes por qué responderles nada. Méntales la madre, que también les duele.

El cachazo que le cerrajó El Sapo hizo que cualquier nueva palabra que articulara le resultaría... digamos... dolorosa. Con eso se quedó en paz el resto del interrogatorio.

—Fue por culpa de esa vieja bruja que llegó aquí hace dos meses —dijo Reséndiz, como buscando el recuerdo en el lejano pasado.

—¿Bruja? ¿Qué bruja?

—Una mujer que llegó aquí tocando a la puerta. Parecía una de tantas vendedoras ambulantes, de las de Avón y esas mugres —hizo una pausa para sollozar otro rato. Por simple experiencia, uno ya sabe cuánto dura cada interrupción de ésas. Luego del tiempo estipulado, volvía a las andadas:

—¿Y?

—Y mi mujer la invitó a pasar, porque le interesó mucho lo que ofrecía...

—¿Que era?...

—Cremas rejuvenecedoras.

—¿Cremas rejuvenecedoras?





—Sí. La bruja ésta dijo que era de Oaxaca, pero que ya le andaba por regresarse a su tierra, que el hijo se le había ido de bracero o no sé qué, y tenía que volverse. Que por eso le iba a vender a María Elena unas cremas maravillosas a precio bajísimo. Y María Elena, que siempre ha sido muy vanidosa... y pues ya se le iban notando las arrugas —aquí, la mirada que le dirigió la consorte fue más mortífera que las que le había echado al Sapo—, decidió probar suerte.

—¿Y compró las cremas?

—Sí. Pero además, la mujer ésta le dijo que estaba en promoción, o algo así, y que, aparte de rejuvenecerla, ella podía hacer que el cambio fuera también... ¿cómo le diré...? en cierto sentido, por cierto rumbo. Y mi mujer, que siempre ha sido muy patriota, le pidió que las cremas la convirtieran en... la esencia de la mexicanidad.

Casi me caigo del sillón.

—¿En quééé?

Reséndiz le dirigió una mirada de borrego en precipicio a su cónyuge y continuó, en tono de disculpa:

—Usted debe entender. Crecimos viendo películas de mariachis y rancheros y Pepe el Toro. Para mi mujer, eso es lo máximo. Ella quería ser una imagen de lo mexicano... y joven.

—Paradigma de la mexicanidad —reflexioné. ¿Qué podría ser eso? ¿Quetzalcóatl fallando un penalti—, vaya pues... ¿y qué pasó?







—Pues la bruja ésta le hizo unos pases mágicos a las cremas... eran como tres frascos... y le dijo a María Elena cómo ponérselas, y cada cuando y todo. Y se fue.

—¿Cuánto le pagaron? —todos los detalles empezaban a fascinarme. ¡Hasta dónde habíamos llegado! ¡Y luego se quejan de aculturamiento!

—María Elena nunca me lo ha dicho —y volteó de nuevo con su fiera, como excusándose por la indiscreción—. Me dijo que era muy su dinero, y ya. Y como ella maneja la cuenta maestra...

No podía dejar de sentir lástima por el pobre diablo. Pero marido postmoderno sometido y lo que fuera, había asesinado a tres mujeres. Y yo todavía no sabía bien a bien por qué.

46

—¿Pero algo fue mal? ¿Algo con las cremas?

—No, todo salió muy bien. Poco a poco, mi mujer empezó a verse más joven. Las arrugas se le fueron borrando. Lo poco que le colgaba de papada se le fue echando para arriba.

Y cada vez se fue pareciendo más y más a María Félix. —El Sapo y yo volteamos a ver a la mujer que seguía en el piso echando humo por las orejas. Ella sólo nos fulminó con los ojos, acentuando el efecto expansivo con un enarcamiento de la ceja derecha. ¡Sí, era cierto! Por algo me había parecido conocida.

—La esencia de la mexicanidad, ¿eh? —rumié en público y privado—. ¿Y qué? ¿No era lo que esperaba?





—No, sí... lo que pasa... —y aquí Reséndiz se desplomó al suelo de hinojos, uniendo las manos, suplicando; ella nada más alzaba la ceja y le escupía con su gélida mirada—. ¡Perdóname, Elenita! ¡Nunca me voy a cansar de pedirte perdón!

El Sapo lo tomó del cuello (del suyo, no del de la camisa) y lo devolvió a la poltrona. Luego de una nueva tocata y fuga de hipo, continuó:

—Lo que pasa es que me puse celoso: ella cada vez más guapa, y yo... pues... seguía siendo el mismo, en el mismo lugar, y con la misma gente. Como me dijo de qué se trataba desde el principio, pude darme cuenta de por dónde iba la cosa.

Y también, que al rato María Elena me iba a dejar por otro... mientras yo siguiera siendo una carcacha. Por eso... decidí robarle las cremas.

—¿Qué hizo qué cosa? —ahora fue El Sapo el sorprendido. Al parecer pensó lo mismo que yo: que primero le picaríamos el culo al Negro Durazo que robarle nada a aquella mujer.

—Descubrí dónde las escondía, y me fui poniendo las cremas a la sorda. Rellenaba los botes con crema Pond's para que no se diera cuenta. Pero al rato fue fácil notar lo que estaba pasando: ella no se transformaba más en María Félix, y yo... bueno, ya lo pueden ver... me iba haciendo cada vez más Juan Gabriel.





¡Claro! La mexicanidad en su máximo esplendor: la pareja de La Doña y El Juanga. Aunque un poco truncos.

—Pero se acabaron las cremas antes de tiempo... —insinué.

—Sí. Estaban preparadas para una sola persona, no para dos. María Elena se enfureció cuando descubrió la verdad: que iba a quedarse a medias. Y además, a mí no me gustaba nada lo que me había pasado. Digo, no era en lo que había pensado...

—Y se lanzaron a buscar a la bruja que les había vendido los potingues. Y no la hallaron.

—No, desde cuándo que el pájaro había volado. La buscamos por todas partes. Le preguntamos a cuanta bruja y curandera de la que supimos. Y nada.

—Hasta que fueron con doña Cleofas...

—¿Doña Cleofas? —Reséndiz puso cara de interrogación.

—La de Lerdo.

—Ah, sí. Ésa fue la que nos dijo qué hacer.

—¿Creyeron que les estaba diciendo que mataran a otras curanderas? ¿Y que las pusieran a hervir?

—Eso nos dijo. Clarito —dijo Reséndiz con plena convicción—. Ella fue la de la idea —y luego puso cara de satisfacción—. ¿Y sabe qué? ¡Funcionó! Después de la primera, mi mujer empezó a parecerse a Gloria Trevi. Y yo, a Jorge Negrete.





¿Qué me quedaba sino menear la cabeza? Sin embargo, aún quedaban algunos cabos sueltos:

—¿Y por qué ésas precisamente, y no otras? ¿Por qué esa selección?

—Es que... ésas eran las que le habían caído más gordas a María Elena —de nuevo la mirada borreguil a su mujer—. Creo que, además, eran las que nos habían cobrado más cara la consulta... y ni nos habían ayudado. Creo que por eso pidió ser la que les diera el tubazo en la cabeza... Nunca le pregunté. Ella me decía cuál tocaba, y ya. Yo nada más le ayudaba a hacerlas cachitos.

—¿Y comprar el hacha con tarjeta no le parece un tanto idiota?

—Momento. Sin insultos. En primer lugar, cuando la compré yo no sabía para qué la quería. Y nunca le dije cómo

49





la había pagado... si se entera, al que me hace retazos es a mí. Además, el plan era siempre llevárnosla metida en la maleta.

—¿Y por qué ahora la dejaron detrás de la estufa?

—Es que... la maleta que siempre usábamos... se desganguó en un viaje que María Elena hizo a Laredo la otra semana. Se rompió toda de tanta fayuca como traía. Así que con la última, llevamos el hacha y la ropa en un atado... Y pues ni modo de salir con el hacha envuelta en una sábana, toda chorreando... y ni modo de lavarla ahí. Además, todo aquello me daba tal horroooooor —se llevó la mano a la boca de una manera que hubiera envidiado Audrey Hepburn—, que yo ni pensaba bien lo que estaba haciendo. Por eso nada más puse el hacha donde no se viera.

50

—Penndddejho —balbuceó la señora tras la hinchazón de labio y mandíbula.

—Lo bueno es que seguimos juntos... y cada vez mejor. ¡Con otras tres curanderas hubiéramos quedado de lujo!  
—concluyó Reséndiz, entre eufórico y decepcionado.

—No creo que los dejen estar juntos en donde van a ir a dar. Sapo, ¡que nos manden una patrulla!

3

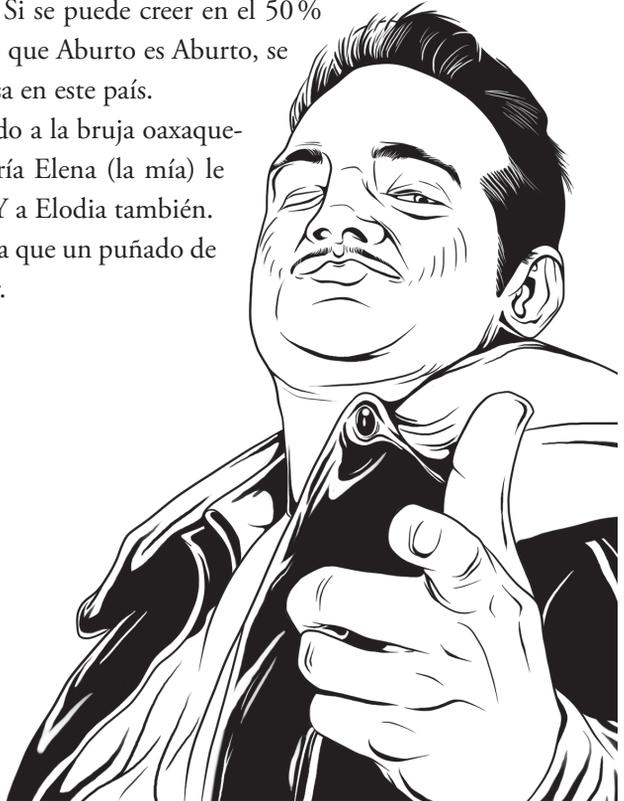
**R**ESÉNDIZ fue sentenciado a veintiocho años de cárcel; María Elena (por desgracia, *esa* María Elena), a veinti-





cinco. Por qué, no me lo pregunten. Son cosas de abogados y de la ley, con la que, por fortuna, aquí en la Judicial tenemos muy poco que ver. Así terminó uno de los casos más extraordinarios de mi carrera. El psicólogo del CERESO me explicó que las transformaciones para un lado y para el otro de los Reséndiz no eran sino una manifestación psicósomática de sus deseos más profundos. Que esas cosas suelen ocurrir. Que la gente se sugestionan de manera tan completa, que empieza a actuar, y hasta a hacer gestos, como quien desea ser. Como el psicólogo es pasante, y de la Universidad Autónoma de Coahuila para colmo, no le creo un pito. Para mí que todo fue cuestión de brujería. Si se puede creer en el 50% del PRI el 21 de agosto, o que Aburto es Aburto, se puede creer cualquier cosa en este país.

Por ello, he boletinado a la bruja oaxaqueña a todo el país. A María Elena (la mía) le encantan los potingues. Y a Elodia también. No creo que no haya nada que un puñado de dólares no pueda arreglar.







## Géminis

(Luis Enrique García)

YO NO SOY muy bueno para las palabras, así que te lo voy a contar como me salga. A lo mejor no me lo entiendes, vas a pensar que se me fue la mano. Son cuestiones de familia, para verse desde ahí, desde uno solo, sin andar a las limosnas; cuestiones que se dejan al instinto, que después de todo es lo único que importa. Si te la hacen la devuelves y hasta ahí las cosas; lo demás son ganas de echarse para atrás, de no tener una gota de sangre que caliente el cuero.

Mataron a Víctor, lo recuerdas, a mi hermano gemelo. Lo rajaron al descotón, sin darle chance, contra una pared y lo oscuro, borracho y desarmado, facilitamente fácil. Lo encontré boqueando, ya ni se movía, pero alcanzó a barajearme unas señas; para mí fueron muy claras, me quiso decir que se trataba de Anselmo y Abelardo, los otros gemelos, aquellos que estuvieron con nosotros en la escuela. Le pregunté si lo habían agarrado entre los dos, pero alzó nomás un dedo. ¡Cuál de ellos —le grité—, dime cuál fue! Pero Víctor no alcanzó ni a levantar los hombros, se apretó todito y escupió colorado.

Me guardé bien el secreto, el asunto era mío, tú ya sabes cómo es la policía; y ya lo ves, por fortuna a la semana se les olvidó el problema. Y desde entonces comencé a cazar a los gemelos; desde lejos y callado, bajo cuerda, con mucho disi-





mulo; pude haberlos matado muchas veces, ganas y ocasiones me sobraron, pero yo quería a uno, al de Víctor, de Víctor y muy mío, el otro me importaba diez carajos. Los primeros días se encerraron, no se les veía ni el pelo a través de las ventanas, no se les salía un respiro de puritito argolludos. Pero les entró la confianza, tú sabes, empezaron a salir a las carreras y juntos, como bestias espantadas; no se apartaban ni un metro y escondían la mirada en los zapatos. A mí me daba fiebre buscando los motivos, qué les habría hecho Víctor, y a quién de ellos para haberse ganado esa rajada.

Yo no tengo paciencia para adivinanzas y menos cuando hay un muerto que no te lo puedes sacar de la memoria. Anselmo y Abelardo se nos habían perdido de vista desde hacía mucho tiempo; los veíamos muy poco, por mera casualidad, y estoy seguro de que Víctor tampoco los trataba, me lo hubiera dicho, por supuesto, me lo hubiera retedicho. Nada, ningún rastro; el tiempo se pasaba y cada hora, te lo juro, el recuerdo de Víctor me pegaba más adentro y me pedía el único remedio. A mí se me enredaban las ideas, puro suponer, puro seguir a los gemelos y echarle cerebro a los recuerdos para ver si algún detalle me alumbraba.

Y figúrate, la noche menos pensada, una de esas noches que yo me la pasaba mirando hacia lo oscuro del techo con el sueño perdido, me acordé como un relampagazo. Fue una pelea, una simple pelea de chamacos allá por la primaria. Tantos años pasaron que ya ni me acordaba. Dos pares de ge-





melos en el mismo grupo, date cuenta, éramos la ley, decían que hacíamos hechizos y otras mil historias y nosotros bien que lo aprovechábamos. Anselmo y Abelardo tenían dominado a medio salón, mientras que Víctor y yo controlábamos al resto. Teníamos prestigio, dos pares de cuates, de otro mundo, para qué te la hago larga. Más que todo nos tenían miedo, así que nos sentíamos obligados a seguir el cuento; y fue por eso, por una cuestión de dominio que Abelardo y yo nos retamos. A la hora de salida, tú ya sabes, en plena calle, con todo el salón haciendo rueda y apoyando al favorito. Me pegó una santa trapeada, hubieras visto, nunca supe por donde me entró tanto jodazo; al mismo tiempo, Víctor y Anselmo, que tampoco se quedaban en palabras, andaban agarrados por su cuenta; Abelardo me dejó tirado y corrió derecho a descontarse a Víctor que la llevaba ganada. Y yo no iba a quedarme a moquear como un lisiado, saqué un compás de la mochila y me fui contra Abelardo: lo tomé de frente y le metí la punta del compás en el estómago; pegó un grito espantoso del tamaño de la calle, y nosotros a correr pues qué carajo. ¡Qué lío! Yo no sé ni cómo se me había olvidado.

55

Lo que luego siguió no viene al caso, Víctor y yo tuvimos que cambiarnos de escuela, para no acordarme de las vueltas a la poli y la paliza que nos dio mi padre. Desde entonces los perdimos de vista, y mucho nos cuidábamos de encontrarlos o de andar presumiendo con el cuento, sobre todo porque Anselmo y Abelardo me la sentenciaron. Pasaron los años, ya





ves, y cualquiera diría que esas cosas se las traga el tiempo... El pobre de Víctor pagó los platos, el muy rebuey de Abelardo lo confundió conmigo y lo dejó rebanado como queso.

Sólo me faltaba la otra parte: averiguar cuál de los dos era Abelardo. Tan igualitos, ni quién los distinguiera. Te juro que soñando a Víctor se me fue desparramando el rencor como hormiguero, recordarlo echando sangre con todo el abandono encima, muriéndose solo y por una tarugada. No, yo no podía espantar a Abelardo, necesitaba identificarlo sin que se diera cuenta, poco a poquito, a pura maña, ahora que el tiempo estaba de mi parte. Me animé a espiarlos más de cerca, a medirlos, a olisquearlos casi para echarme al que te cuento.

Fueron tantas las vueltas y tanteos que una noche me pescaron. Me tomaron por los brazos y me arrastraron hasta los escombros de la cárcel vieja. Todo oscuro, recé un poco, me acomodé o me quise acomodar los nervios y esperé a que me picaran como a un crucificado. ¡Pero qué carajo!, deberías haber visto cómo se puso la función o no me la haces buena: me pidieron calma, que la bronca no era conmigo, figúrate, y al rato no hallaban ni cómo empezar a soltar la sarta de explicaciones; estaban sudorosos, con las bocas verdes, traían tan floreado el susto que ni siquiera se les ocurrió registrarme, me hubieran quitado la navaja y todo lo que se te ocurra. Los dos tartamudeaban, se les hacían masacote las palabras, y lo peor del caso, se fueron derechito al tema porque a los muy pendejos tampoco se les ocurrió negarlo. Los dejé hablar, encimar





palabras mejor dicho, y sólo para oírlos decir que se habían equivocado, que los perdonara, fijate nomás, que desde aquella noche no pegaban los ojos y que se iban a entregar a la policía. Ahí comencé a desesperarme. Abelardo era mío, que se entregara el otro o hiciera cualquier cosa, pero no Abelardo, no ese retarado tan completamente mío. Pero me fui serenando, me limité a escucharlos, a buscar ventajas, a esperar el momento en que alguno se identificara... Pero no, no lo hacían, ésa era su fuerza, hablaban de los dos, protegiéndose, mira, si lo sabría yo que hacía lo mismo con Víctor... No me aguanté, los tenía a boca de jarro, nomás para saber el nombre y se acabó el asunto. Lo pregunté de repente: ¿quién es Abelardo? Se quedaron callados, como palos, pero eso era para mí fue suficiente: al que tenía a mi izquierda se le descolgó la boca y se puso de papel desde los pelos. Y yo no estaba allí para palabras, tú me entiendes, saqué la navaja y sin decir agua va se la clavé hasta el puño; alcancé a sacársela, Anselmo se agachó sobre el caído y yo me solté a caminar a lo baboso, a elevarme más bien sobre el aire sofocado.

No pude llegar ni a la esquina, el cuerpo me temblaba y una sed machacante me raspaba la garganta. De pronto, otro hervor diferente me entró por la cabeza, algo que se reventó en pregunta: ¿y qué tal si el que me eché no es Abelardo?... Se me chorrearón las fuerzas, la duda me pinchó en seco, yo no tenía ninguna seguridad, todo había sido al tiento, tan oscuro, pude, me apoyé contra una pared para no caerme, el calor





de la navaja contra la mano era la única señal de que yo era yo y de que esa pendejada a mí nomás me estaba sucediendo. ¡Y si no fuera Abelardo! ¡Date cuenta! Igual que ellos, imperdonable, tanto batallar, tantas esperas; así no, qué desperdicio, no era eso lo que yo quería.

Te juro que no supe de dónde saqué las fuerzas. Me devolví jadeando, con la esperanza de que no fuera demasiado tarde. Allí estaban todavía, con los cuerpos revueltos con las sombras, como hilachas pisoteadas en el suelo. El de arriba sollozaba con el pelo entre las manos, sin moverse, manchado de lágrimas y tierra. Ni siquiera me escuchó los pasos, lo levanté por los sobacos sin decirle a qué volvía, para qué, tú sabes, en momentos así ni se dice ni se entiende nada. Lo miré a los ojos, muy de cerca, despacio, para qué los gestos, ni un parpadeo, nada, te aseguro que tampoco sintió la presión de mi navaja.

58





## Nota editorial

ESTOS CUENTOS están tomados de *Sin límites imaginarios*.  
*Antología de cuentos del norte de México*, prólogo, selección y notas de Miguel G. Rodríguez Lozano, México: Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto de Investigaciones Filológicas, 2006.







## Contenido

Presentación	7
Laberinto (Jaime Romero Robledo)	11
Gótico lagunero (Francisco José Amparán)	13
Géminis (Luis Enrique García)	53
Nota editorial	59





CUIDADO DE LA EDICIÓN: Stella Cuéllar  
COORDINACIÓN DE ILUSTRACIÓN: Mercedes Flores Reyna  
COMPOSICIÓN TIPOGRÁFICA: María Guadalupe Martínez Gil  
DISEÑO DE PORTADA: Itzel Nájera Luna  
ILUSTRACIONES:  
    Laberinto Elba Lorena Sosa Coronel  
    Gótico lagunero Oniria Guadalupe Hernández Vargas  
    Géminis Elba Lorena Sosa Coronel





## No lo cuentas,

editado por el Instituto de Investigaciones  
Filológicas, siendo jefa del Departamento de  
Publicaciones Carolina Olivares Chávez, se terminó  
de imprimir el 27 de marzo de 2015 en los talleres  
de Desarrollo Gráfico Editorial, S. A. de C. V.,  
ubicados en Municipio Libre 175,  
colonia Portales, Delegación Benito Juárez,  
México, D.F., C. P. 03300.

Tipografía: Adobe Garamond Pro  
de 11:15 puntos y Mr Eaves Sans OT  
de 17 puntos.

La edición consta de 1000 ejemplares  
impresos en papel Bond blanco de 120 gramos  
mediante el sistema de impresión offset.



